

Cada persona que nos encontramos es importante para Dios

Lucas 15:1-32

Pastor Tim Melton

En Lucas 15:1-32 encontramos tres parábolas. Las parábolas eran a menudo historias ficticias que se usaban para revelar un punto o una enseñanza en respuesta a una situación o dilema determinado.

En la época de Jesús, entre los judíos, si se quería enseñar una idea o una verdad a los oyentes, no se utilizaban tecnicismos o definiciones formales como en nuestra cultura. En su lugar, lo mejor era hacerlo a través de historias o narraciones.

Las narraciones no se centran en detalles y minucias legalistas. En cambio, ponen de manifiesto verdades, valores y lecciones generales. Las parábolas tienen más probabilidades de conectar con las emociones, y cuando Jesús las utiliza, a menudo tocan la imaginación espiritual de la gente y cómo podrían aplicarse a su vida.

Las parábolas también tenían un sentido de misterio. Las personas con corazones dispuestos a aprender y sensibles al Espíritu a menudo descubrían y eran impactados por la verdad subyacente en la historia. Podían verse reflejados en ella y aplicarla humildemente a sus vidas. Las personas con corazones endurecidos a menudo se perdían el sentido de la parábola, porque no tenían "oídos para oír, ojos para ver y un corazón para obedecer".

El uso de parábolas por parte de Jesús ha permitido que sus enseñanzas sigan ministrando a la gente a lo largo de los tiempos. Sus verdades universales pueden aplicarse independientemente de la época y las culturas.¹

Vayamos ahora a Lucas 15:

Muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo,² de modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar: "Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos."

¹ Información extraída de <https://www.gotquestions.org/what-is-a-parable.html>

William Barclay cuenta que los fariseos tenían un nombre para los que no cumplían su estricta ley religiosa. Se referían a estos "pecadores" como "los pueblos de la tierra". Había una total barrera entre los fariseos y los "pueblos de la tierra". Se decía así:

*"Casar a una hija con uno de ellos era como exponerla atada e indefensa a un león. Los reglamentos farisaicos establecían: 'Cuando un hombre es de los pueblos de la tierra, no le confíes dinero, no le tomes testimonio. No le confíes ningún secreto, no lo designes tutor de un huérfano, no lo hagas custodio de fondos de caridad, no lo acompañes en un viaje.'"*²

Un fariseo tenía prohibido tener cualquier trato con este tipo de pecadores.

Los recaudadores de impuestos eran considerados los peores pecadores. En esta época de la historia, los romanos dominaban a los judíos. Si un judío quería y tenía suficiente dinero, podía comprar una "franquicia" de recaudación de impuestos del gobierno romano que le permitiría recaudar dinero de sus paisanos judíos en nombre del gobierno romano. A los recaudadores de impuestos se les permitía recaudar todo lo que quisieran siempre que Roma recibiera su parte. En realidad, los recaudadores de impuestos eran casi como una mafia judía que robaba a su propio pueblo. Por eso los recaudadores de impuestos eran a menudo expulsados de sus familias, condenados al ostracismo, y odiados por todos. Pero eran ricos.

Estas eran algunas de las personas con las que Jesús pasaba tiempo, y los líderes religiosos no podían entender cómo un supuesto "hombre de Dios" podía relacionarse con pecadores como estos.

En la cultura de Oriente Medio comer con alguien era visto por los demás como un apoyo a su estilo de vida o al tipo de personas que eran, pero a Jesús no le preocupaba lo que la gente pensara. Sabemos por Lucas 5:30-32 lo que Jesús creía: ***"No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos —les contestó Jesús—. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores para que se arrepientan."*** Por eso, Jesús pasaba tiempo a menudo entre la gente pecadora que estaba preparada y dispuesta a recibir sus enseñanzas.

Así que aquí tenemos a Jesucristo, el Hijo de Dios, sentado y enseñando a personas que eran consideradas los peores pecadores, y de pie, no muy lejos, estaban los arrogantes líderes religiosos "superespirituales" escuchando y juzgando cada palabra que Jesús decía.

Es interesante ver como Jesucristo, el santo Hijo de Dios, vivía y amaba de tal manera que incluso los más alejados de Dios se sentían atraídos por Él. No solo para escuchar sus sermones, sino para acercarse a una silla y comer y hablar con Él, cara a cara.

Tanto si eran recaudadores de impuestos, prostitutas, gente sencilla de pueblo, o líderes religiosos como Nicodemo, Jesús los trataba con amor y los valoraba.

Sabemos que Él no condonaba el pecado, pero la gracia de Dios se manifestaba en su vida de una manera muy positiva. En su presencia, algunos eran convencidos de su pecado, otros eran alentados en su fe, pero todos los que querían conocer más a Jesús eran bienvenidos.

En estos versículos de Lucas 15 vemos que muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo. Los fariseos y los escribas veían esto y murmuraban sobre cómo Jesús

² <https://www.studydrive.org/commentaries/eng/dsb/luke-15.html>

podía "recibir a los pecadores y comer con ellos". Jesús, queriendo ayudar a los fariseos y escribas a ver a la gente como Dios ve a la gente, entonces contó estas tres parábolas: La **Parábola de la oveja perdida**, la **Parábola de la moneda perdida**, y la **Parábola del hijo pródigo**.

³Él entonces les contó esta parábola: ⁴“Supongamos que uno de vosotros tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo, y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla? ⁵ Y, cuando la encuentra, lleno de alegría la carga en los hombros ⁶ y vuelve a la casa. Al llegar, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: ‘Alegraos conmigo; porque encontré la oveja que se me había perdido.’ ⁷ Os digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse.”

La mayor parte de Judea era una meseta que se extendía a lo largo de unos 56 kilómetros y tenía una anchura media de unos 24 kilómetros. El suelo de esta meseta era principalmente rocoso y no era bueno para la agricultura. Era mucho más adecuado para los rebaños de ovejas. Por ello, el pastor debía ser una figura muy común en todas las comunidades.

La vida del pastor era una vida dura. Trabajando al aire libre en el calor o en el frío. Bajo el sol o bajo la lluvia. Durante horas o incluso días. Con la limitada comida que tenía en su mochila y las pocas armas que tenía en la mano, cada rebaño tenía que tener un pastor, y el pastor nunca podía tomarse un descanso. Debido a lo limitado de los pastos, las ovejas solían alejarse en busca de comida. En las mesetas no solía haber vallas, por lo que era responsabilidad del pastor estar constantemente pendiente del paradero y la seguridad de las ovejas.

Las ovejas no tenían forma de defenderse, así que todo dependía del pastor. Ya sea protegiéndolas de caer a un precipicio al borde de la meseta, o luchando contra los lobos o los ladrones, el trabajo del pastor nunca terminaba.

El pastor debía satisfacer todas las necesidades de las ovejas. Lo vemos en el Salmo 23. Pastos verdes, aguas tranquilas, caminos despejados, e incluso protección cuando la muerte amenazaba. Este era el trabajo del pastor cada minuto de cada día.

Ahora bien, había diferentes tipos de pastores. Algunos eran simplemente personas empleadas para vigilar las ovejas. Era un trabajo. Su principal motivación era el dinero, sin ningún interés vinculante en las ovejas. Cuando había peligro, huían. El otro tipo de pastores eran los que realmente eran dueños de las ovejas. En Judea era diferente que en otros lugares. No criaban las ovejas para poder matarlas y comerlas, sino que las criaban principalmente por su lana. Por eso, muchos pastores llevaban muchos años pastoreando las mismas ovejas. Algunos habían crecido con sus ovejas y se habían familiarizado con ellas, hasta el punto de ponerles nombre y considerarlas como compañeras e incluso amigas. Cuando el peligro se presentaba contra este tipo de pastor y sus ovejas, estaba dispuesto a luchar, incluso hasta dar su vida.

George Adam Smith escribió sobre el pastor:

"En algún alto páramo por el que de noche aúllan las hienas, cuando te encuentras con él, insomne, previsor, curtido, armado, apoyado en su cayado y atento a sus ovejas dispersas, cada una de ellas en su corazón, comprendes por qué el pastor de Judea aparecía en primer plano en la

*historia de su pueblo; por qué dieron su nombre al rey e hicieron de él el símbolo de la providencia; por qué Cristo lo tomó como paradigma de la abnegación."*³

Esta era la situación cultural con la que los oyentes de Jesús estarían familiarizados.

A partir del versículo tres, Jesús preguntó cuántos de sus oyentes si tuvieran cien ovejas y les faltara una no irían a buscarla. Jesús no está diciendo que las noventa y nueve que están en el campo no sean importantes. En un caso como éste, probablemente serían atendidas por otros pastores, mientras el pastor se dedicaba a buscar el cordero que se había perdido. En muchos sentidos, el campo abierto era más seguro porque se podía ver el peligro desde lejos.

El peligro existía a la hora de buscar la oveja perdida. La mayoría de los pastores se habían convertido en expertos en seguir el rastro de las ovejas. Ya sea en grietas o hendiduras o en lugares donde podrían habitar los lobos, el pastor se ponía en marcha, dispuesto a arriesgar su vida por la única oveja que se había alejado.

Algunos todavía se preguntan por qué merece la pena una oveja perdida. Los que tienen mascotas, que son un miembro querido de su familia, entienden la idea.

Jesús terminó esta breve parábola describiendo la alegría que había cuando el pastor volvía casa con la oveja perdida. Volvemos a recurrir a William Barclay para que nos dé una imagen más clara de cómo podría haber sido esto en los tiempos de Jesús:

*"Muchos de los rebaños eran comunales, pertenecientes no a individuos, sino a pueblos. Había dos o tres pastores a cargo. Los que tenían el rebaño a salvo llegaban a casa a tiempo y traían la noticia de que un pastor seguía en la ladera de la montaña buscando una oveja que se había perdido. Todo el pueblo estaba atento, y cuando, a lo lejos, veían al pastor volviendo a casa con la oveja perdida sobre los hombros, toda la comunidad estallaba en un grito de alegría y de agradecimiento."*⁴

Jesús termina la parábola con estas palabras: ***"Os digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse."***

Los fariseos no los veían más que como pecadores ofensivos y sin esperanza, pero Jesús, el Buen Pastor (Juan 10; Mateo 9:36), buscaba y celebraba cuando los perdidos eran encontrados.

Ahora vamos a centrarnos en la **Parábola de la moneda perdida**:

⁸ O supongamos que una mujer tiene diez monedas de plata y pierde una. ¿No enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? ⁹ Y, cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: 'Alegraos conmigo; porque encontré la moneda que se me había perdido.' ¹⁰ Os digo que así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente."

³⁻⁴ <https://www.studylight.org/commentaries/eng/dsb/luke-15.html>

La mayoría de las casas de la época de Jesús tenían muy pocas ventanas y, por tanto, muy poca luz. Los suelos solían ser de tierra endurecida cubierta de hierbas y cañas secas. Buscar una moneda en ese tipo de suelo habría sido muy difícil y habría requerido mucho tiempo y energía.

La moneda mencionada en esta parábola valía más que el salario de un día. La mayoría de los judíos vivían al día, así que cada moneda era importante. La mujer la habría buscado con tanta diligencia porque debía pagar la comida de la familia ese día.

Había otra razón por la que la mujer podría haber buscado con tanta diligencia. En la parábola, Jesús habla de diez monedas. Es probable que se trate de una descripción de la prenda para la cabeza que solían llevar las mujeres judías casadas. Era costosa y el equivalente al anillo de bodas de hoy en día. Era una de sus posesiones más preciadas y atesoradas.

En la parábola, la mujer se alegra tanto cuando encuentra la moneda perdida que reúne a sus amigas y vecinas para celebrarlo. Jesús declara entonces que este tipo de alegría la expresan los ángeles cuando un pecador perdido se arrepiente y vuelve a Dios.

Esta era una idea muy extraña para los fariseos y escribas: que un Dios santo pudiera deleitarse con el arrepentimiento de un pecador; que incluso lo quisiera en su presencia. Pero Jesús era su ejemplo viviente, la representación exacta del Padre, sentado, hablando y disfrutando de la presencia de aquellos pecadores que se le acercaban.

Veamos ahora la **Parábola del hijo pródigo**:

¹¹ Un hombre tenía dos hijos —continuó Jesús—. ¹² El menor de ellos le dijo a su padre: “Papá, dame lo que me toca de la herencia.” Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. ¹³ Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia.

¹⁴ Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región, y él comenzó a pasar necesidad. ¹⁵ Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. ¹⁶ Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada. ¹⁷ Por fin recapacitó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! ¹⁸ Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. ¹⁹ Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros.” ²⁰ Así que emprendió el viaje y se fue a su padre.

Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. ²¹ El joven le dijo: “Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo.” ²² Pero el padre ordenó a sus siervos: “¡Pronto! Traed la mejor ropa para vestirlo. Ponedle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. ²³ Traed el ternero más gordo y matadlo para celebrar un banquete. ²⁴ Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado.” Así que empezaron a hacer fiesta.

²⁵ Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile. ²⁶ Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. ²⁷ “Ha llegado tu hermano —le respondió—, y tu padre ha matado el ternero más gordo

porque ha recobrado a su hijo sano y salvo.”²⁸ Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera.²⁹ Pero él le contestó: “¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos!³⁰ ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!”

³¹ “Hijo mío —le dijo su padre—, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo.³² Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”.

Jesús habló de un hombre que tenía dos hijos. El hijo menor fue a su padre y le pidió su parte de la herencia. Ahora bien, la herencia nunca se entregaba a los hijos hasta que el padre moría. Así que en la cultura de aquella época era lo mismo que decirle a tu padre: "Ojalá te mueras." Pero en lugar de abofetear al hijo o hacer que lo azotaran públicamente para salvar su honor y el de la familia, que habría sido la respuesta normal, el padre accede a la petición del hijo.

Jesús contaba una historia que era un ejemplo exagerado. En la cultura de Oriente Medio, la vergüenza y el honor son cuestiones fundamentales. Se evita la vergüenza a toda costa. Esta historia era tan extrema que los oyentes probablemente pensaban que nunca ocurriría en la vida real. Jesús describía acciones impensables y vergonzosas para que la gente empezara a comprender el inimaginable amor del Padre celestial.

El hijo cogió el dinero y se fue a un país lejano, donde malgastó la herencia en una vida desenfrenada. Finalmente, el dinero se agotó y el hijo se quedó sin nada. Llegó una hambruna a ese país extranjero y el hijo estaba desesperado por encontrar comida. Consiguió un empleo con un ciudadano de aquel país y le enviaron al campo para alimentar a los cerdos, pero nadie le daba nada de comer.

El hijo, en cuestión de meses, había gastado el dinero que su familia había tardado generaciones en acumular. Qué tonto era este joven. Qué desgracia, y la cosa no hizo más que empeorar. Para un judío, los cerdos eran considerados animales impuros. Debió ser horroroso para los oyentes que el hijo hubiera caído hasta tal punto de desesperación que incluso considerara este tipo de trabajo de alimentar cerdos.

Finalmente el hijo "entró en razón" y trazó un plan. Volvería a su padre y le rogaría que le tratara como un jornalero, no como hijo. Pero incluso este plan no era realista. Ya había cogido y malgastado más dinero del que un jornalero podría devolver.

El Dr. Kenneth Bailey, académico de Árabe y del Nuevo Testamento que enseñó en seminarios de Egipto, Líbano, Jerusalén y Chipre durante 40 años, ofrece esta interesante perspectiva:

"El público original de Jesús no habría visto esto como el punto de inflexión. Durante los primeros mil años, la traducción árabe universal no era que "entró en razón", sino que el pródigo "volvió en sí (nepash)" o, más específicamente, que "dependía de sí mismo". Si el hijo se hubiera arrepentido, Jesús habría utilizado Shub, una palabra hebrea que significa "volver a Dios". El hijo va a tratar de pagarlo él mismo. No se convertirá en un esclavo, sino en un hábil artesano para poder restaurarse él mismo. Con esta mentalidad vuelve a su pueblo".

Pensar que podría volver como jornalero y arreglar las cosas sería lo mismo que pensar que se puede pagar una deuda de mil millones de euros con un trabajo de salario mínimo. Ese tipo de pensamiento no tiene sentido. Un jornalero era el más pobre de los pobres. Eran los que se reunían en la plaza de la ciudad cada mañana, con la esperanza de que alguien fuera a comprar y los contratara para ese día para hacer alguna chapuza. Las Escrituras incluso ordenan que se pague a los jornaleros al final del un día de trabajo, porque es la única manera de que tengan dinero para comprar comida para su familia. Al menos un esclavo habría sido "parte de la familia" por su servicio continuo, pero un jornalero no tenía ninguna promesa del mañana.

Era bueno que el hijo se hubiera dado cuenta de que había pecado contra Dios y contra su padre, pero la creencia de que de alguna manera podría enmendar la situación por sus propios medios demuestra que no comprendía la gravedad de su mala acción y la inutilidad de sus esfuerzos por arreglar las cosas.

No obstante, el hijo emprendió su viaje de vuelta a casa. Debido a la vergüenza que había provocado en su familia y al fracaso financiero experimentado, se esperaba que fuera ridiculizado y condenado al ostracismo por su comunidad a su regreso. Eso formaba parte del castigo cultural que solían recibir las personas con una mala conducta grave, pero el padre tenía otros planes. Jesús lo describió con estas palabras:

“Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó.”

Si alguien debía salir corriendo al encuentro, era el chico. Debía ser el que rogara por la misericordia del padre, pero en lugar de eso fue el padre quien se puso a correr. En la cultura de Oriente Medio eso era vergonzoso. Los hombres de mediana edad nunca debían ser vistos corriendo y mostrando sus piernas. Pero en este caso vemos al padre asumiendo gustosamente la vergüenza para proteger a su hijo de ella. Gracias a las acciones del padre, el chico nunca experimentó el castigo de la comunidad. En su lugar:

“Pero el padre ordenó a sus siervos: ‘¡Pronto! Traed la mejor ropa para vestirlo. Ponedle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero más gordo y matadlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado.’ Así que empezaron a hacer fiesta.”

El hijo ni siquiera tuvo la oportunidad de presentarle su idea de convertirse en jornalero. El padre reafirmó inmediatamente el estatus de su hijo ofreciéndole la mejor túnica, sandalias y el anillo familiar que le daba plena autoridad como hijo. El padre incluso preparó una gran celebración, con el ternero gordo, para su hijo que había regresado. Así es como se siente Dios con la persona pecadora que vuelve a casa del Padre celestial.

La primera parte de la historia iba dirigida principalmente a la gente pecadora con la que Jesús estaba sentado y enseñando. Era una gran oferta de misericordia, gracia y amor para cada uno de ellos. Pero Jesús no había terminado. Esta historia también la escuchaban los arrogantes líderes religiosos que estaban de pie a distancia. Para ellos continuó la historia.

Jesús habló del hermano mayor que nunca se había ido de casa. Contó que este oyó la fiesta al acercarse a casa después de trabajar en el campo. Preguntó el motivo de la celebración. Al enterarse de que era por su hermano rebelde que ahora había vuelto a casa, se puso furioso.

El hermano mayor se negó a unirse a la celebración. Su padre salió a hablar con él, pero el hijo mayor se limitó a gritar a su padre recordándole lo buen hijo que era y que nunca había recibido una fiesta. No había amor en su corazón por su hermano ni por su padre, solo por sí mismo.

Este era el mensaje de Jesús para los líderes religiosos. Aunque el hijo mayor permanecía más cerca del padre geográficamente, su corazón estaba más lejos del padre que el hijo que se había ido y ahora regresaba. Lo mismo ocurría con los oyentes de Jesús aquel día. Jesús estaba rodeado de gente pecadora que ahora se acercaba a Dios, y Dios lo celebraba. Pero los líderes religiosos que parecían estar cerca de Dios eran en realidad los que estaban más lejos de Él y eran los que más desagradaban a Dios. Su falta de amor por los demás dejaba al descubierto su egoísmo y su impiedad.

Esta historia se aplica a todos nosotros. Todos nosotros, en algún momento de nuestras vidas, hemos estado alejados de Dios. Algunos le han dado la espalda a Dios públicamente, mientras que otros lo han hecho en privado, pero pretendiendo estar cerca de Él. En cualquier caso, Dios, como el padre de la historia, nos espera con los brazos abiertos si volvemos a Él.

En estas tres parábolas vemos la pasión de Dios por los que están perdidos. Vemos su amor por la gente repudiable. Vemos su deseo de acercar a los que están lejos de Él. Vemos cómo espera con expectación que el pródigo vuelva a casa. Luego vemos la celebración que sigue. Este era el objetivo de Jesús. No había venido por los sanos, sino por los enfermos. Había venido a buscar a los perdidos, para que se reconciliaran con Dios.

- ***“Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad.”*** (1 Timoteo 2:3-4)
- ***“El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan.”*** (2 Pedro 3:9)

Cada persona que nos encontramos es importante para Dios, y por eso deben ser importantes para nosotros. Nuestro familiar. Nuestro vecino. Nuestro compañero de clase. Nuestro compañero de trabajo. El conductor del autobús. La persona que se sienta a nuestro lado en el metro. El teleoperador. El camarero. El repartidor de Amazon. Incluso el desconocido que pasa por ahí. Nadie es insignificante.

Todos han sido creados a imagen de Dios, pero en su pecado están separados de Él. También nosotros estábamos lejos de Dios, pero Dios nos trató con gracia y amor. ¿No deberíamos hacer nosotros lo mismo?

Si olvidamos el valor que Dios encuentra en cada persona, empezaremos a tratar a las personas como si no importaran. Perderemos la oportunidad de llevar a la gente a Cristo, o al menos de darles una muestra de lo que Dios piensa de ellos. Nunca sabemos el papel que nuestra respuesta afectuosa puede desempeñar en su camino espiritual hacia Cristo.

Cada persona que nos encontramos es importante para Dios. Con esto en mente, debemos orar para que Dios nos dé ojos para ver a las personas que nos rodean y corazón para cuidarlas como Él lo hace. Después seguimos orando para que Él empiece a mover sus corazones hacia la fe y nos conceda oportunidades para mostrarles el amor de Cristo. Oremos para que nuestros sencillos gestos de amor capten su atención y despierten en ellos el deseo de saber más sobre nuestro Salvador. Si vamos a llevar a la gente a Jesús, siempre empezará con la oración.

Valoremos a cada persona como lo hace Dios, y que nuestras oraciones y acciones nos acerquen a ellos para que se muevan hacia Cristo.